

UN NUEVO «ANTIGAL» CATAMARQUEÑO :

EL YACIMIENTO ARQUEOLOGICO DE RINCON CHICO

(DPTO. DE SANTA MARIA, PROV. DE CATAMARCA).

POR FERNANDO MARQUEZ MIRANDA Y EDUARDO MARIO CIGLIANO

1. ANTECEDENTE DEL HALLAZGO

En la temporada de verano del año 1957 el Museo de La Plata realizó una expedición arqueológica a las provincias de Catamarca y Tucumán. Eran varios los motivos de la misma que obligaron a visitar yacimientos y a excavar algunos, que en su mayoría eran conocidos, estando parcialmente excavados unos, y otros solamente mencionados en trabajos arqueológicos.

Ya desde 1952 (fecha de realización de su libro sobre *Región Meridional de América del Sur*, que se editó en México en 1954), venía uno de nosotros (F. M. M.), sosteniendo la necesidad de intensificar los estudios en el terreno, aún en esta zona, que era la mejor conocida del país, desde el punto de vista arqueológico, así como el revisar, de acuerdo a los métodos modernos, no sólo los numerosos yacimientos conocidos de antiguo, sino también los que en el futuro pudieran llegar aún a descubrirse. Y agregaba: "Este último hecho es fácilmente previsible, pues es seguro que aun no deben haberse señalado todos los yacimientos existentes" (Márquez Miranda, 1954, pág. 72).

En efecto, muy continuadamente vamos viendo que en el NO argentino los yacimientos son inagotables y van apareciendo nuevos vestigios de pueblos y culturas y mientras van realizándose trabajos en zonas cada vez nuevas.

Tal es el caso del yacimiento inédito de que en el presente estudio

vamos a ocuparnos y que no está mencionado en la bibliografía arqueológica, a pesar de que numerosísimas expediciones tienen que haber pasado cerca de él.

Después de cruzar el río Santa María, frente a la ciudad del mismo nombre — cabecera del departamento así también llamado — se llega a unas pequeñas poblaciones, entre ellas Loritohuasi, Lampacito, etc. Pasando estos caseríos se abre un arenal que está cubierto de viejos algarrobos, comenzando luego la típica vegetación de arbustos xerófilos en manchones, que allí aparecen entreverados con cantidad de piedras grandes, que son desprendimientos de los Cerros del Cajón.

De este yacimiento hasta entonces inédito tuvimos algunas vagas noticias, recogidas éstas de labios de algunos pobladores vecinos de Cerro Pintado (Mojarras) y que nos lo señalaron especialmente cuando visitamos ese lugar.

El primero que habló de ello con uno de nosotros (F. M. M.) fue un despierto y movedido muchacho, hijo de la directora de la escuela de Mojarras, quien no sólo le regaló a su interlocutor toda su pequeña colección de “tiestos” decorados, recogidos en lo alto del Cerro Pintado (“porque a Vd. le van a ser más útiles que a mí”, según le dijo), sino que, además, le dio las primeras noticias de otro lugar, intocado, mucho más cercano al pueblo de Santa María, “en donde podrán encontrar habitaciones enteras y recoger muchos más trozos de cerámica”.

Esas noticias nos alentaron y pensamos si ese no sería el “antigal” inédito, de que días antes nos había hablado, en el propio pueblo de Santa María, uno de sus vecinos distinguidos, el profesor Salvatierra, inspector de escuelas de la zona.

De acuerdo con las informaciones, al día siguiente, en una jornada de intenso calor, nos trasladamos a la otra banda del río y después de una larga marcha, dejando atrás el cementerio y marchando por un arenal reseco, dimos con el lugar, caracterizado por enormes rodados, al pie del Cerro del Cajón. Algunas de esas piedras eran tan grandes que, de lejos, por su forma, parecían un rancho. Ese día, sin embargo, nos limitamos a un reconocimiento y no intentamos escalar. A nuestro regreso a Santa María, el profesor Salvatierra ratificó nuestras sospechas diciéndonos que ese era el lugar de que nos había insinuado la existencia y ofreciéndonos su gentil compañía para indicarnos el mejor sitio para la subida, demasiado abrupta si se la quiere efectuar directamente por el frente.

Es así cómo llegamos a las primeras elevaciones de los Cerros del

Cajón, donde ya la vegetación es pobre y donde han desaparecido los arbustos; desde aquí abajo es imposible poder ver las construcciones en lo alto del cerro. Allí al pie, instalamos el campamento, con una gran dificultad: la de no tener agua. Esta la obteníamos a 3 1/2 km de distancia, que debían recorrerse a diario.

Hicimos el campamento en esta zona por hallarnos cerca de unos pequeños restos arqueológicos en lo bajo. Con estas construcciones iniciamos nuestras excavaciones.

El día 28 de enero iniciamos el reconocimiento de la zona, permaneciendo en ella por espacio de una jornada. La recorrimos en todas sus direcciones y resolvimos que era conveniente realizar excavaciones en este sitio.

Tal fue así que el 30 de enero instalamos el campamento al pie de los primeros cerros, comenzando a cavar uno de esos recintos, posiblemente uno de los más grandes.

2. LOS RECINTOS DEL BAJO

Desde un principio creímos que estábamos ante un problema bastante difícil, quedándonos dos alternativas, una de ellas, que se trataba de represas o cuadros de cultivos y la otra que eran habitaciones posiblemente comunales de gran tamaño.

No podían ser represas, por la forma de pircado, ancho, con mucho rípio, como también por haberlo entre las piedras que componen el pircado; no hay canales de riego y el terreno tampoco lo permite, por ser muy quebrado y sembrado de grandes bloques de piedra, restos de derrubios, con muchísimos años de permanencia en esos lugares; además no creemos que hubieran hecho cultivos en esta zona, pues a dos kilómetros de allí podían haberlos realizado mejor, por tener el agua del río Santa María en gran cantidad.

En el deseo de dilucidar si se podían hallar restos arqueológicos que dejaran resuelto el enigma, se cavó en su totalidad del lado interno y externo de estas pircas, encontrándose una pared perfecta como para una habitación o vivienda del tipo semisubterráneo. Debe de quedar como antecedente que hubiéramos estado quince días antes en la zona de Coctaca (Jujuy), donde pudimos apreciar con lujo de detalles los regadíos y cuadros de cultivos de ese lugar, existiendo una marcada diferencia entre aquellos de Coctaca y estos de Rincón Chico.

También debemos señalar que aquí, en Rincón Chico, estos pircados se hallaban totalmente cubiertos de tierra, que fue lo que en un principio nos hizo dudar respecto a su destino.

Su lado mayor está orientado en dirección N-S con la puerta mirando al O, a mitad justa de dicha pared, que mide 25 m de largo por 19,50 m de ancho.

El piso del recinto fue hallado entre 0,20 y 0,30 m de profundidad. Esta variación está motivada por la cantidad de sedimento acumulado, que es mayor contra la pirca que en el centro del recinto, pues es muy grande el material de derrumbe que existe de las paredes. Este material de derrumbe consiste en lajas de diversos tamaños, especialmente chicas y con barro amasado, que en parte entraba a constituir la argamasa o mortero de las pircas. Este barro amasado se integraba también con elementos vegetales como componente.

En el piso del lado de las paredes N y O, aparecieron tres agujeros con elementos vegetales. Casi seguramente se trataba de vestigios de antiguos postes; los agujeros de 0,15 m de profundidad, en una misma línea dos de ellos; ambos a 1,40 m de distancia de la pared N; estando el primero a 0,20 m de la pared O y el segundo a 2,50 m de dicha pared y el tercero a 1,45 m de la pared O y a 2,50 m de la pared N.

Las paredes S y N se hallan algo destruidas, siendo más fácil de poder encontrar y limpiar la primera de ellas.

En el piso de este recinto se encontró cerámica tosca y fragmentos de cerámica Santamariana.

La puerta se abre a la mitad de la pared O, con un escalón ripiado; para comprobar si realmente la puerta de entrada de este recinto n.01 podía hallarse en esas condiciones, es decir, poseer un escalón ripiado, con lajas y tener el ancho que hemos medido, fueron limpiadas otras dos entradas semejantes con los resultados similares en todos los casos.

Este recinto n.01 es el que más se nos presentaba en perfecto estado de conservación, pues hay que señalar que todos estos yacimientos cercanos a poblados actuales y que tienen pircados confeccionados con piedras en buen estado, han sido y son destruidos para la venta de piedras o lajas para hacer veredas o muros de viviendas; es así cómo tuvimos que abrir varias otras para poder comprobar lo que se nos iba presentando a medida que se realizaban las excavaciones en este recinto n.01.

Los resultados obtenidos fueron siempre semejantes. Parecidos a

este tipo de construcción son los que Ambrosetti (Ambrosetti, 1897, pág. 37) describe para Quilmes:

“Los edificios cuadrados tienen dimensiones variables; hemos medido algunos de un largo de 24 metros por 16,80 m de ancho, otros de 6 m de ancho por 10,30 m de largo, etc.”.

Estas medidas son semejantes a los recintos de Rincón Chico.

Más adelante dice Ambrosetti en la misma obra: “...los indios colocaban ramas paradas, de las muchas especies de plantas y arbustos espinosos que allí abundan”..., ...“y formar así una porción cubierta que los protegiese del sol y de las lluvias, y donde la familia pudiese reposar”.

“Porque no es creíble que pudieran techar espacios tan anchos como ser 16 por 6 metros, respectivamente”..., ...“quedaría en el centro un espacio libre, una especie de patio, que la familia aprovecharía para sus faenas cuando no lo impidiese el sol y la lluvia”. (Ambrosetti, 1897, pág. 39).

“Estas ramadas de dos a dos y medio metros, formando corredor, seguramente siguiendo la misma costumbre aun hoy usada, debían ser cubiertas de tierra mojada, la que una vez seca, haría aun más impermeables estas habitaciones”.

Como vemos, ya Ambrosetti había conocido este tipo de vivienda para el yacimiento arqueológico de Quilmes, que se halla en la zona baja, es decir, en un lugar muy similar a donde se encuentran estos de Rincón Chico. No solamente coinciden las medidas — es decir, su condición de grandes recintos — sino que hasta es muy semejante la concepción de Ambrosetti sobre la distancia a que se hallarían los postes para sostener el techo. El no nos habla si es que halló huellas o no, pero es importante que nosotros hayamos encontrado dichas huellas de postes a esa distancia mencionada por Ambrosetti.

No cabe la menor duda de este tipo de vivienda para Rincón Chico y, por lo tanto, para el valle de Santa María. Esta afirmación no es resultado de una inferencia apresurada. Bruch (Bruch, 1911) los vio, también, con posterioridad a Ambrosetti, en Quilmes y unas viviendas bastante similares ilustra en su trabajo, en el capítulo sobre Fuerte Quemado, de habitaciones de 12 metros por 5.

Por eso es que sacamos como conclusión que estos grandes recintos de la parte baja de Rincón Chico, pueden ser considerados como recintos comunales con un alero en la parte interna de más de 2,40 m, por ser ésta la medida que daba la colocación de los hoyos de los

postes. Es decir, entonces, que no sería necesario que hubiese estado todo el perímetro cubierto, sino que se tratase simplemente de un alero que rodeaba el pircado por la parte interna, resguardando a sus ocupantes de la acción de la lluvia y de los vientos predominantes.

Debemos mencionar que en Mojarras, al pie del Cerro Pintado, hicimos durante este mismo viaje, una excavación similar en una construcción antigua, de aspecto análogo a la presente y que medía 26 m de largo por 20 m de ancho, con un pircado de 2,00 m de ancho, de estructura semejante a las ya mencionadas y con una altura de la pirca de 0,70 m. También estaba todo cubierto de tierra y al descubrirla se hallaron esas paredes en perfecto estado.

Allí, en Mojarras, la puerta se abre en la pared E, a unos 12 m de la esquina SE.

En Rincón Chico los tipos de recintos que hemos encontrado se hallan en número de seis y cerca de éstos gran cantidad de bloques de piedras de considerable tamaño, donde hay numerosas huellas de morteros, muy vecinos unos de otros. Parece evidente que la vida sin mayores preocupaciones de un pueblo haya existido en este lugar.

3. LOS RESTOS ARQUITECTONICOS DE LA FALDA Y CIMA DEL CERRO

Luego las excavaciones prosiguieron en la falda del Cerro y en lo alto. El acceso a esta parte se puede realizar por sólo tres lados, uno de ellos es el filo del cerro que va a terminar en pendiente no muy suave en dirección N-NE. En esta parte se hallan casi ausentes los muros de contención y los otros lados son dos conos de deyección, cuya subida es difícil por lo escarpado del terreno y las piedras sueltas y rodados existentes en sus laderas.

Al llegar ya a la parte superior comienzan a notarse los fuertes muros de contención y algunos recintos. En uno de estos lugares hay hasta tres recintos que se comunican entre sí por medio de puertas perfectamente contruidas y delimitadas.

En la plataforma superior, es decir en lo que nosotros denominamos lo alto del cerro y donde se hallan el mayor número de habitaciones, el altímetro marca 2.250 m, estando las habitaciones de abajo (que interpretamos como comunales) a un desnivel de 210 m y tardando nosotros en subir esa diferencia unos treinta minutos.

Ya en lo alto, las habitaciones y recintos son numerosísimos y es imposible observarlos desde abajo, ni tampoco a los primeros picados o muros de contención, por la similitud del color de la piedra de dichos muros con la roca del cerro. Además hay una cantidad considerable de vegetación xerófila, entre ella gran número de cardones que obstaculizan la visión.

En la parte O, es decir la que limita con los cerros del Cajón, la pendiente es todavía más pronunciada y cae a pico completamente. Sólo tiene un lado que se comunica con el macizo de los cerros, donde alcanza unos 20 m de ancho y sus pendientes son muy pronunciadas. En esta parte, es decir en la zona del poniente, hay un número muy elevado y bien típico de habitaciones, caracterizadas por el color rosado de la piedra empleada en su construcción.

Estas habitaciones llegan más o menos a un 3 % sobre el total de las halladas en lo alto del cerro. Este tipo de construcción realizada con piedras de color rosado fuerte presenta un contraste bien marcado con las otras de color grisáceo y cobrizo, algunas veces, que son la mayoría. También del lado O se observan numerosísimas piedras grandes paradas (Lám. I, a).

A pesar de las distintas interpretaciones que les han asignado algunas de las personas que ocasionalmente nos acompañaron en ciertas oportunidades en los días de nuestro trabajo, así como los peones, que actuaron con nosotros, creemos que fueron pilotes para trabar y darle mayor consistencia a las pircas y lo que se ha destruído han sido las piedras que formaban la parte superior y exterior de las paredes quedando exclusivamente estas piedras paradas. Esta aclaración la hacemos, después de haber cavado dos habitaciones cerca de allí donde en la pared que da sobre la ladera del cerro ocurre lo mismo, es decir que para darle mayor solidez al muro han puesto las piedras grandes de tanto en tanto y como están algo enterradas son difíciles de voltear y también lo corroboramos después de haber examinado la bibliografía.

En efecto, hay una referencia aprovechable en la extensa obra arqueológica de Ambrosetti para la zona de Quilmes. Ese iniciador de tales estudios (Ambrosetti, 1897, pág. 37) dice: "Estas paredes han sido levantadas con piedra laja y del lado interno, los indios se han esmerado en hacerlas lo más a plomo posible, arreglando la piedra de tal manera y calzándola con otras pequeñas, que con facilidad, si fueran rebocadas, quedarían en su mayor parte perfectamente lisas. Del lado interno y en la parte inferior, casi todas han sido empezadas, o con gran-

des piedras o con lajas paradas y clavadas de punta, para evitar con esto que la pared se venciese hacia adentro”.

Se cavaron en esta zona, en el alto del cerro, varias habitaciones, mejor dicho todas aquellas que nos pudieron presentar alguna característica tipológica importante o algún detalle que las diferenciara de las demás. Lo que más nos llamó aquí la atención fueron los grandes muros con que están construídas las paredes (Lám. II, c).

Se trata de muros dobles en medio de los cuales los aborígenes pusieron gran cantidad de ripio, dándoles por lo tanto mayor solidez y espesor (Lám. II, c).

Comparados éstos con los grandes muros de contención del mismo yacimiento, diríamos que resultan igualmente formidables y que por lo tanto son los más grandes, unos y otros, en cuanto a la altura y solidez, que hayamos visto en 1957 en yacimientos del valle de Santa María. Posiblemente esto sea por lo poco conocido de las ruinas y por su buena conservación actual gracias a lo alejado que se hallaron, hasta el presente, de los destructores de pircados que existen en la zona en la actualidad.

Esta no es, tampoco, una afirmación en el aire. Durante nuestro reconocimiento hemos visto una obstinada, tenaz, explotación industrial de las grandes piedras de varios *antigales*, que van a ser buscadas en camiones, especialmente en aquellos lugares en que éstos pueden aproximarse hasta el pie mismo de los yacimientos. En tal sentido, y por seguir la línea del mínimo esfuerzo, la destrucción comienza por las pircas más bajas en las laderas y asciende hacia lo alto de los cerros a medida que los grandes pedrones más accesibles son transportados. Ya más arriba, el proceso de destrucción es brutal: los grandes trozos líticos son simplemente desmoronados ... y al pie del cerro se recoge lo que no ha quedado demasiado destrozado... ¡Y todo esto por “honestos industriales” que ignoran que existe la Ley 9080! ... ¡Cuándo y cómo podrá hacersela cumplir antes de que sea demasiado tarde!

En todas las habitaciones hemos hallado el piso, pero éste nos fue difícil de determinar porque casi siempre las paredes y especialmente del lado del cerro apoyaban sobre la roca viva y esta era aprovechada en la mayoría de los casos para la zona de la puerta de entrada a las viviendas, realizándose en muchas de estas entradas una rampa (Lám. I, c).

Estas aberturas son muy variadas, a veces directamente como en la n° 06, y otras veces, como en la n° 04, nos ofrecen una perfecta entrada

en ángulo con cinco escalones de roca viva: es una entrada muy original, de un tipo de habitación muy bien construída. El ancho de la puerta tiene 0,80 m y al terminar el quinto escalón tiene 0,73 m; la habitación es de 6,00 m de largo, y el pasillo de casi 4,00 m; la altura del pirca, de la parte interna, llega desde 1,42 a 1,76 m.

También en la base de esta pirca hay grandes piedras paradas y luego lajas pequeñas que puestas en forma horizontal completan la pared (Lám. III, *b*).

En esta parte del cerro la roca es pizarrosa, así que pueden ser fácilmente sacados grandes trozos de lajas para dejar marcados los escalones.

La habitación n° 04 fue cavada en la parte SE del cerro; en la parte opuesta se limpiaron dos recintos que llevan los n°s 05 y 06. Ambos están al borde de la pendiente que es muy pronunciada en esta zona.

La n° 05 tiene 6,05 m de largo y 4,00 m de ancho, con una puerta de 0,60 m de ancho y 1,65 m de largo. También como en el caso anterior hay escalones pero en número de tres. El primero de ellos de 0,60 m y el segundo de 1,72 m, el tercero de algo más; son como en la habitación n° 04 hechos en roca viva. El alto de la pirca es de 1,20 m y el ancho varía desde 1,10 m a 1,15 m.

4. EXAMEN Y VALORACION DE LA CERAMICA

La cerámica encontrada tanto en superficie como en las habitaciones ubica a este yacimiento hasta ahora inédito dentro de la última facie del Santamariano (Márquez Miranda, F. y Cigliano Eduardo M., 1957).

En el recinto n° 01 fue encontrado en el piso el siguiente número de fragmentos: Santa María bicolor: 13 tiestos, tosca 10 fragmentos y asociados a estos 4 fragmentos de tipo Belén y 19 tiestos de tipo Famablasto negro grabado. Se hallaron además cuatro piedras con pintura roja, huesos partidos de diversos animales, en gran cantidad, especialmente de guanaco y con considerable número de carbón.

En la habitación n° 03 se extrajo 16 tiestos Santa María bicolor y 40 tiestos toscos. Por último de la n° 04 y n° 06, 30 y 25 tiestos Santa María bicolor, respectivamente y gran cantidad de fragmentos toscos.

En la habitación n° 06, fue excavada una urna en el rincón NO, del tipo Santa María, variedad bicolor. Se la halló (Lám. III, *a*) tapada con un trozo de roca pizarrosa, encontrándose cubierta de tierra muy fina

hasta la parte superior del cuerpo allí depositado. Sirvió de enterratorio para un p^ár^vulo. Posiblemente era de muy corta edad pues nada quedó de aquellos restos que pudiera ser salvado, como ocurre muy a menudo en tales casos y aconteció en el que en este trabajo presentamos (Lám. II, *c, d, e*).

En el rincón SO de la misma habitación hay una especie de nicho, que se hallaba tapado por varias lajas. Al continuar cavando siguieron apareciendo numerosas lajas pizarrosas en distintos niveles, hasta llegar a unos 0,60 m de profundidad, sin haberse encontrado nada más (Lám. III, *b, c*).

De todo esto podemos deducir que efectivamente estamos en presencia de un yacimiento al que podemos incluir en el último momento de la cultura Santamariana. Es evidente una marcada ausencia del Santa María tricolor, como también los hemos notado en todas aquellas construcciones, dentro del valle de Santa María, que se encuentran en lo alto de los cerros, es decir, pueblos fortificados o también pucará; perteneciendo solamente a esta facie del tricolor las poblaciones que se hallan en los valles o bajos. Por lo menos ésto es lo que hemos podido comprobar ese año en los yacimientos visitados y excavados.

5. UNA ASOCIACION DE LOS ESTILOS SANTAMARIANO (BICOLOR) Y CASPINCHANGO

Cerca de este yacimiento y a unos mil doscientos metros en dirección Este, es decir hacia el río Santa María, en donde realizamos pozos estratigráficos, se encontró una cámara sepulcral con tres esqueletos de adultos y un rico ajuar funerario.

Los esqueletos se hallaban en posición genupectoral y orientados en el cuadrante NO y NE; esta orientación de los esqueletos tiene importancia porque del lado occidental de los Cerros del Cajón en Famabalasto, todos los esqueletos exhumados por la Expedición Barreto del año 1922 estaban también orientados en los mismos cuadrantes. Es posible que esta haya sido una costumbre muy usual entre estos pueblos indígenas.

La cámara sepulcral que estaba completamente llena de tierra, tenía una construcción bastante interesante: primeramente el indígena había confeccionado una excavación y luego fue revestida de grandes

lajas paradas, sirviendo la parte superior de éstas para sostener las otras que servían de tapa.

No hay nada de raro en ello. Agreguemos que muy posible es que la tierra que contenía haya entrado en ella por los espacios que dejaban las lajas de la tapa (Lám. III, *d*, *e*).

Dos de los esqueletos, que posiblemente eran femeninos, tenían a la altura del cuello numerosas cuentas de collar; éstos tuvieron que sacarse con gran cuidado pues como la construcción estaba cubierta de tierra, podían haberse perdido durante la excavación.

Hacemos presente que en el conjunto tan numeroso de las cuentas halladas no hemos encontrado ninguna que fuera de material de malaquita o turquesa, habitualmente características de los yacimientos prehispánicos; como tampoco encontramos de las denominadas “de Talavera”, que aparecieron en yacimientos contemporáneos al período colonial.

En cambio, existen entre ellos una variedad de tipos de cuentas de material de vidrio, que nos va a resultar de gran valor, como otro elemento diagnóstico, para poder, más adelante, analizar y comprobar la asociación entre los dos tipos de cerámica que se exhumaron en dicha sepultura y que componían el ajuar funerario.

Los materiales cerámicos hallados constituyen elementos de los tipos Santa María bicolor y Caspinchango. Los primeros son de urnas para entierros de párvulos. Se hallaban acostadas en el piso de la sepultura y vacías. Lo más probable es, que las hayan encontrado cuando hacían el pozo o en otro momento o que cumplían otro fin. Además se obtuvieron pocos santamarianos bicolor y las piezas pertenecientes al tipo Caspinchango, que son cerámicas menores. En general podemos definir las como pucos y vasos subglobulares.

Una de las urnas Santamarianas (Lám. III, *d*) tiene 680 mm de altura, con una decoración, similar a las descritas en nuestro trabajo sobre la cerámica Santamariana (Márquez Miranda F. y Cigliano, E. M., 1957). En la parte interior del labio presenta, como en todas las urnas de la variedad bicolor, una guarda geométrica que es tan característica de ellas.

La otra (Lám. III, *e*), de 470 mm de altura, es en realidad la más interesante por cuanto en la zona del cuello tiene representadas cinco figuras antropomorfas, todas ellas iguales. En la variedad bicolor estas figuras se presentan también en la zona del cuello. En la parte del cuerpo, de esta urna que estamos describiendo, se hallan representados,

en la cara anterior y posterior, dos figuras zoomorfas, que, posiblemente, se traten de batracios estilizados.

Los pucos que encontramos en la cámara funeraria representarían para nosotros el verdadero ajuar. Son similares a los que se encuentran en Famabalasto, para las cistas con ajuar y que pertenecen a la última fase del Santamariano (Lám. IV, *c, d*) es decir a la clase de los que poseen un pequeño estrangulamiento en la parte superior, cerca del borde, dando lugar a un corto cuello.

Tienen además, decoración interna, compuesta de figuras geométricas combinadas con figuras antropomorfas.

De la cerámica tipo Caspinchango, están en esta cámara representadas casi todas las formas que ya uno de nuestros predecesores (Debenedetti, 1921) describe en su trabajo acerca del yacimiento epónimo. En cuanto a la pieza que nosotros presentamos aquí (Lám. IV, *a*) se trata de una olla de 240 mm de altura, con todas sus típicas características, debiendo especialmente hacerse notar la rústica decoración geométrica, que muestra en la parte superior del cuerpo y cuello.

El único puco con decoración también de este tipo que encontramos en esta oportunidad, corroborando el hallazgo, y cuya imagen damos enseguida (Lám. IV, *b*), tiene figurada en su parte superior como decoración, una guarda geometrizable compuesta de triángulos rellenos y una combinación de puntos y líneas quebradas. Su altura es de 100 mm.

Hacemos notar que esta es la primera asociación de estos dos tipos de alfarería, pues hasta ahora no habían encontrado así reunidos estos dos tipos tan importantes y de tanto valor cronológico. De ahí el especial interés de un hallazgo conjunto como el que representan estos elementos.

En los trabajos realizados por el predecesor antes recordado (Debenedetti, 1921) en Caspinchango, donde aparece por primera vez descrito este nuevo tipo de cerámica, no se menciona en ningún caso una asociación como la que ahora presentamos de elementos Santamarianos bicolor y Caspinchango.

Además tuvimos ocasión de revisar las libretas del ingeniero Weiser y tampoco nos ofrece ningún ejemplo semejante. Por ello la consideramos interesante y novedosa, en cuanto enriquece, con un dato cronológico nuevo, nuestro aún incipiente conocimiento de tales secuencias.

De lo que dudamos es del significado de las urnas Santamarianas dentro de las cámaras funerarias. Todavía no se han dado casos de que

estas piezas (que han servido de entierros para párvulos) fueran encontradas dentro de construcciones sepulcrales para adultos, en ningún yacimiento del valle de Santa María.

En Famabalasto, estudiado por uno de nosotros (E. M. C.) siempre las urnas correspondían a cementerios de párvulos o acompañando exteriormente a los entierros de adultos en construcciones funerarias. Casos análogos fueron citados por otros autores que investigaron, con anterioridad en diversos "antigales" de este Valle y en los vecinos a él.

Otro argumento en favor de la hipótesis de que tal asociación pueda ser puramente ocasional (y por lo tanto no del todo probatoria) es el de que las urnas no parecían contener restos de ninguna naturaleza en su interior.

En definitiva —y con el reparo recién expresado— queremos dejar señalado este conjunto de hallazgos que, en mayor medida (los pucos) o con menor intensidad (las urnas), tienden a demostrar una asociación tan importante e interesante, pues nos confirma con mayor seguridad lo que en otro trabajo anterior (Márquez Miranda F. y Cigliano E. M., 1957) hemos comprobado: que la fase Santamariana bicolor es decir el último período de la cultura Santamariana sería una de las más cercanas a nosotros de las que existieron en el valle de Santa María.

Ahora, con este hallazgo, podemos sostener que llega hasta la época de la conquista hispánica, como lo prueba esta asociación en la cámara sepulcral excavada con las innumerables cuentas de vidrio, de color, que allí hallamos, y siempre que consideremos a la cerámica del tipo Caspinchango como contemporánea con el Período Hispano-Indígena.

BIBLIOGRAFIA

- AMBROSETTI, JUAN B., *La antigua ciudad de Quilmes (valle Calchaquí)*, en *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, vol. 18, pp. 33-70, Buenos Aires, 1897.
- BENNETT, W. C. E. y SOMMER, F. A., *Northwest Argentine Archaeology*, en *Yale University Publications in Anthropology*, n. 38, New Haven, 1948.
- BREGANTE, ODILIA, *Ensayo de clasificación de la cerámica del noroeste argentino*, Buenos Aires, 1926.
- BRUCH, CARLOS, *Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca*, en *Revista del Museo La Plata*, vol. 19, pp. 1-209, La Plata, 1911.
- CIGLIANO, EDUARDO, Ver Márquez Miranda, F. y E. M. Cigliano.
- DEBENEDETTI, SALVADOR, *La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, XLVI, 745-788; Buenos Aires, 1921.

- *Relaciones culturales prehispánicas en el N. O. argentino*, en *Physis, Revista de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales*, vol. 9, pp. 113-117, Buenos Aires, 1928.
- GONZÁLEZ, ALBERTO REX *Contextos culturales y cronología relativa en el área Central del N. O. argentino (Nota Preliminar)*, en *Anales de Arqueología y Etnología*, XI, Mendoza, 1950 (1955).
- MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO, *Los Diaguitas*, en *Revista del Museo de La Plata*, vol. 3, pp. 5-300, La Plata, 1946.
- *Región Meridional de América del Sur, Período indígena (Argentina, Uruguay y Chile)*, en *Programa de Historia de América*, I, 10, editado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Comisión de Historia, N° 71, México, 1954.
- MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO y CIGLIANO, E. M., *Ensayo de una clasificación tipológica-cronológica de la cerámica Santamariana*, en *Notas del Museo de La Plata*, t. XIX, Antropología n° 68, La Plata, 1957.
- SCHREITER, RODOLFO, *Distintas clases de sepulturas antiguas observadas en los Valles Calchaquíes*, pp. I-II, Uchereich von Verfasser. *Zeitschrift des Deutschen Wissenschaftlichen Vereins*, Bs. As., 1919.
- WEISER, VLADIMIRO, *Diario de la IV, V, expedición arqueológica de Benjamín Muniz Barreto. M. S. depositado en el Museo de La Plata*, La Plata, 1922-1923



D



E



F

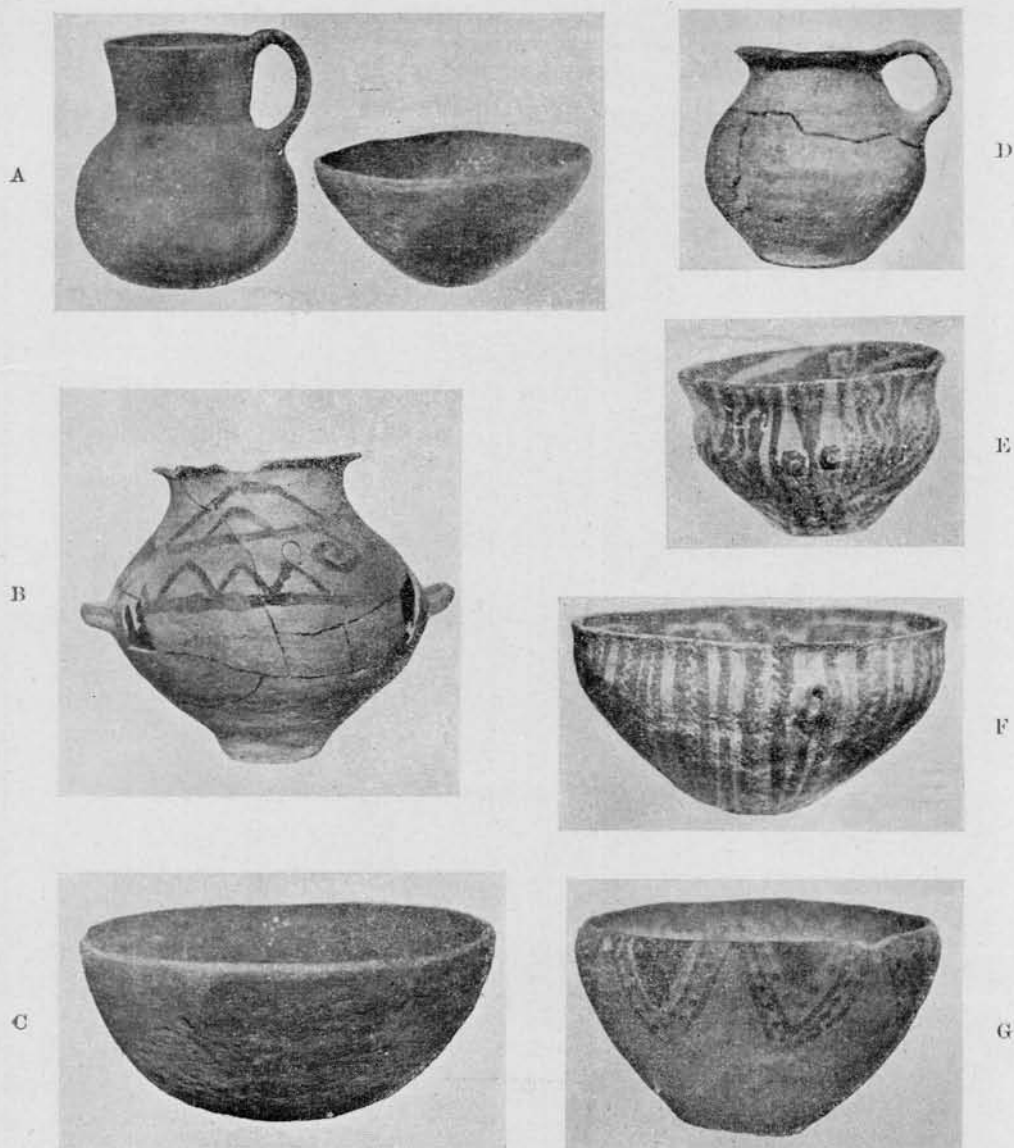
A. detalle de la pirca externa y su espesor, así como de las « piedras paradas » que la robustecen ; B, pared interna y, en primer plano, piedras del derrumbe del cerro ; C, Espesor de la pirca externa ; D. primer indicio de la posibilidad del hallazgo de una urna en el piso ; E, detalle de las lajas que tapaban dicha urna y F, después que se hizo la limpieza de las lajas,



A, detalle de pirca de lajas y « piedras paradas » ; B, Vista de la puerta de la habitación y comienzo del recodo ; C, detalle de pirca con lajas y del escalón de la puerta de entrada ; D, Vista del piso y de la habitación, desde la puerta ; E, Comienzo de la tarea de limpieza y F, ha quedado expedita la puerta y siguen los trabajos.



A, Urna santamariana, variedad bicolor, con rostro antropomorfizado en el cuello y decoración zoomorfa estilizada, escaques y otros elementos geometrizarantes, brazos y manos pintados; B, Idem, con elementos antropomorfos en el cuello y ofidianos y geometrizarantes en la zona ventral. Curiosamente carece de la doble arcada superciliar y el rostro estilizado en el cuello; C, detalle del nicho; D, nicho constituido con lajas, siempre en la misma habitación; E, urna hallada aun tapada con lajas.



A, puco y vaso tipo Caspinchango (dentro cista); B, olla tipo Caspinchango; C, puco tipo Caspinchango, sin decoración (dentro cista); D, tipo Caspinchango; E, puco Santa María bicolor (dentro cista), con decoración geometrizable; F, puco tipo Santa María bicolor (dentro cista), con decoración geometrizable; G, puco Caspinchango (dentro cista).